
EL PAPEL DE LA UNIVERSIDAD EN LA ERA ECOLOGICA

Thomas Berry

Este artículo se publicó en la revista «Teachers College Record» Vol. 83, No. 1 (otoño de 1981), pp. 89-104. Su versión actualizada constituye el capítulo octavo de *The Dream of the Earth* (San Francisco, California: Sierra Club, 1988. Reimpresión, 1990).

(Traducción de Katherine Masís Iverson)

A la universidad se le puede considerar como una continuación, a nivel humano, de los procesos de auto-educación de la tierra misma. La educación del universo, la educación de la tierra y la educación humana son etapas en el desarrollo de un mismo proceso ininterrumpido. No podemos discutir adecuadamente ninguna etapa de este desarrollo sin verlo dentro de este contexto más amplio.

Cuando hablo de educación del universo no me refiero a la educación universal o a la educación universitaria, sino a la educación que se identifica con el universo, que emerge en sus múltiples manifestaciones desde su origen hasta hoy. Igualmente, cuando hablo de educación de la tierra no me refiero a la educación acerca de la tierra, sino a la tierra misma, dentro del sistema solar, como la comunidad auto-educativa inmediata de todos los seres vivos y no vivos que constituyen la tierra y entre los cuales debemos ennumerar al componente humano. Podría ir más lejos y designar la tierra como el establecimiento educativo primario o como la universidad primaria que cuenta con un récord de éxito extraordinario desde hace miles de millones de años.

Estos temas fundamentales necesitan ser discutidos porque debemos estar absolutamente claros sobre aquello que denominamos «educación» y lo que nos preocupa cuando hablamos de una «universidad». Nuestra dificultad a la hora de apreciar la comunidad de la tierra como un educador primario es que tenemos poca capacidad para sentir el mundo natural en sus dimensiones integrales. En términos de valores reales, se le presta atención seria al mundo espiritual o al mundo humano. Nos preocupamos por el mundo natural como si fuera un útil o bien un objeto para satisfacer nuestra curiosidad intelectual o nuestro sentir estético.

Desarrollar la capacidad para sentir la tierra y lo que ella significa es una tarea particularmente urgente en esta época, en vista de que las distintas ciencias han desarrollado un inmenso volumen de información sobre los aspectos físicos del mundo natural y el respectivo poder para controlarlo. Sin embargo,

la tierra es vista como un mero cúmulo de materia cuantificada. Hasta hace poco, las nociones de vida y conciencia, como dimensiones profundas e integrales de la tierra, se han topado con poco entendimiento o apreciación, excepto como fases más avanzadas de procesos mecánicos. El componente psíquico de la tierra en su más completa expresión —a saber, la comunidad humana— se ha enajenado respecto de la dinámica mayor del planeta, y por ende, ha perdido su propio sentido. El hecho de que estemos confundidos acerca de lo humano es una consecuencia de nuestra confusión acerca del planeta.

Esta situación tan preocupante está afectando nuestros programas educativos en sus niveles más profundos. Algunos, buscando respuesta en las civilizaciones tradicionales clásicas, sugieren que redescubramos nuestros principios educativos en las humanidades. Hay quienes sugieren que volvamos con mayor fervor a las tradiciones morales-espirituales de nuestras respectivas culturas. Otros cifran su esperanza en la adaptación pragmática al mundo mediante la aceptación de sus mandatos según nuestros conocimientos de ciencias físicas, política, economía o sociología. Y hay quienes consideran que nuestra mejor guía proviene de la psicología.

Lo que verdaderamente se necesita es una cosmología funcional. La dificultad está en que el término «cosmología» es tan exclusivamente físico en su acepción que no indica la realidad integral del universo. Por la misma razón, el término «geología» tampoco indica la realidad integral de la tierra, sino tan sólo sus aspectos físicos. Por ende, estos no son términos utilizables para el tema en discusión. En efecto, no contamos en estos momentos con una terminología apropiada para una reflexión seria acerca de la tierra.

Esto nos lleva a una especie de «impassé», ya que cualquier discusión significativa de lo humano debe tratar con lo humano como invento de la tierra, como el cumplimiento de un papel en la comunidad terrestre de seres, y por definición, como el ser mediante el cual la tierra toma conciencia de sí misma.

Igualmente, la tierra puede ser designada, en su contexto solar, como una comunidad auto-educativa de seres, y a la vez como una comunidad auto-emergente, auto-suficiente, auto-gobernante, auto-curativa y auto-realizable. La tierra ocupa el «locus» central en el universo de las tres últimas fases de un proceso evolutivo de cuatro etapas: la primera, la evolución de las galaxias y de los elementos; la segunda, la evolución del sistema solar y de la tierra con sus formaciones moleculares y geológicas; la tercera, la evolución de la vida en toda su diversidad; y la cuarta, la evolución de la conciencia y de los desarrollos culturales del orden humano.

Es especialmente importante en esta discusión reconocer la unidad del proceso total desde aquel primer momento inimaginable de emergencia cósmica, pasando por todas sus formas subsiguientes de expresión hasta el presente. Este vínculo inquebrantable de interrelación que hace un universo de la totalidad se vuelve cada vez más evidente a la observación científica, a pesar de que dicho vínculo en última instancia escapa a la formulación o comprensión científica. En virtud de esta interrelación, todo está íntimamente presente en y ante todo lo demás en el universo. No hay nada que sea completamente independiente de todo lo demás. Esta interrelación es tanto espacial como temporal. No importa cuán distante en el tiempo o en el espacio: funcionalmente, el vínculo de la unidad está ahí. El universo es una comunión y una comunidad. Nosotros mismos somos esa comunión que se ha vuelto consciente de sí.

En cuanto al planeta tierra, cualquier descripción adecuada debe incluir todos sus aspectos. Los elementos más simples no se conocen plenamente hasta que se reconozca su integración en modos más comprensivos del ser. Por otra parte, las unidades complejas posteriores no son plenamente inteligibles hasta que se comprendan sus partes componentes. No conoceríamos las verdaderas capacidades del hidrógeno, carbono, oxígeno y nitrógeno si no fuera por su expresión posterior en la vida celular y, ciertamente, en el mundo total de seres vivos, incluyendo el maravilloso mundo de la conciencia humana. Sucede lo mismo con la conciencia; los pensamientos y emociones, las formas sociales y los rituales de la comunidad son tan «tierra» como lo son el suelo y las rocas, los árboles y las flores. Podemos reducir las flores a átomos o los átomos a flores. No hay átomos que sólo sean átomos, ni flores que sólo sean flores. No hay tierra sin lo humano; no hay ser humano sin la tierra. Cualquier otra tierra o cualquier otro ser humano es una pura abstracción.

Dicho lo anterior, podemos acercarnos más directamente a nosotros mismos, a nuestra identidad y a nuestra función dentro de este contexto comprensivo. Ello es necesario si hemos de lograr una respuesta con sentido adecuado de lo que signi-

fica la educación, o la universidad, o lo que ésta debería hacer. Esta pregunta se identifica con la pregunta de qué es la tierra, qué está haciendo la tierra actualmente, y cuáles son sus directrices futuras. La educación humana es principalmente la activación de las posibilidades del planeta, activación que no se puede lograr sin la inteligencia humana y el ámbito total de la actividad humana. En este sentido, la educación humana es parte de un proceso evolutivo más amplio.

LA CODIFICACION: LO GENETICO Y LO CULTURAL

El proceso evolutivo terrestre es, en sí mismo, auto-educación. A partir de sus propias espontaneidades, el planeta se ha enseñado a sí mismo las artes de la vida en la vasta diversidad de sus manifestaciones. El invento de un fantástico complejo de códigos genéticos, interrelacionados de manera tal que cada uno depende de los demás es un logro de aptitud suprema. Y luego, establecer un código genético que determina un ser para el desarrollo cultural transgenético es un logro aún más asombroso.

El ser humano, en alianza con la tierra, es portador de un mandato genético de inventar un segundo nivel de su propio ser, un mundo cultural, un mundo libremente desarrollado en el cual lo humano se otorga su propia identidad en el tiempo y en el espacio y expande sus actividades en el lenguaje e imaginación en ese vasto complejo de actividades que señalamos con el término de «cultura humana». La continuación de todas estas actividades humanas en asociación con el mundo del ser físico y la determinación genética ha requerido procesos educativos especiales para comunicar la tradición cultural de generación a generación. Dichos procesos educativos no sólo deben comunicar alguna forma cultural establecida sino que también deben actuar como principios creativos de auto-transformación posterior para la comunidad humana y para el planeta.

Mientras que en otros seres la codificación genética provee suficiente orientación para las actividades de la vida con un mínimo de enseñanza después del nacimiento, en el ser humano la codificación genética establece sólo ciertas directrices y la libertad y la inteligencia necesarias para activar esos otros mundos de logro en sus determinaciones particulares. Estos, a su vez, le dan vida a sus cualidades humanas. La educación humana puede definirse, pues, como un proceso mediante el cual la codificación cultural se transmite de una generación a otra de manera más o menos paralela a la manera en que la codificación genética de cualquier ser vivo se comunica a las generaciones subsiguientes. Esta codificación cultural se distingue de otras en una amplia variedad de

patrones que caracterizan las diversas sociedades que están distribuidas por todo el planeta.

Por otro lado, también hay una secuencia histórica en la codificación cultural que es paralela a la mutación evolutiva de la especie prehumana. Así contamos no sólo con la diversidad de patrones dentro de un cierto nivel de desarrollo cultural, sino también con el cambio histórico de un nivel cultural a otro. Hasta el momento actual del transcurso del desarrollo humano, podemos señalar cinco etapas básicas de semejante transformación macrofásica: la paleolítica, la neolítica, la clásica-tradicional, la científica-tecnológica y la ecológica que emerge ahora.

El problema educativo es especialmente severo en estos momentos de cambio hacia un nuevo patrón cultural histórico. La diferencia entre las culturas tribales-chamánicas y las grandes culturas clásicas es mucho mayor que las diferencias que puede haber entre una y otra cultura tribal y que las diferencias entre cualquiera de las grandes culturas clásicas.

La transición de los patrones culturales clásicos al patrón cultural científico-tecnológico es especialmente severa, tan severa que de hecho aún no comprendemos exactamente qué ha sucedido. Los creadores humanos de la era científico-tecnológica sólo tenían una conciencia mínima de lo que hacían. La civilización industrial que llegó a dominar este período ha requerido algunos siglos de funcionamiento antes de que sus aspectos creativos y destructivos se hayan puesto en evidencia. La próxima transición, del período de dominación científica-tecnológica al período ecológico, es verdaderamente turbulenta. Dicha turbulencia establece el contexto de nuestras discusiones educativas de hoy.

En el período científico-tecnológico, la preocupación central fue comprender los controles tecnológicos del funcionamiento terrestre. Este período, que emergió primero en el contexto europeo, se difundió por el mundo entero en los siglos diecinueve y veinte con su nuevo modo de entendimiento y con sus nuevos poderes para explotar el planeta. Durante este período se hizo un esfuerzo por mantener la fe religiosa del pasado, los valores morales y espirituales y la educación humanística.

No obstante, una vez establecida la codificación cultural de este período, se volvió cada vez menos orientada hacia la experiencia numinosa de lo divino, más orientada hacia los valores seculares, más explotadora del mundo natural, más mecanicista en su concepción del universo y más igualitaria en sus formas sociales.

La educación en este contexto se volvió más un condicionamiento externo que una disciplina interna; más un entrenamiento en técnicas manipuladoras que una iniciación en los rituales religiosos de épocas anteriores. Las destrezas que debían ser dominadas no eran las habilidades contemplativas o las capacida-

des imaginativas necesarias para tratar con la presencia numinosa o con la intuición estética de la estructura interna de la realidad; se trataba más bien de destrezas necesarias para sacar a luz los recursos naturales de las profundidades ocultas del planeta mediante la industria, para moldearlas en los establecimientos de manufactura y ponerlas a disposición de una sociedad orientada hacia el consumo.

Detrás de toda esta labor se encontraba el vasto esfuerzo científico por comprender el universo en términos cuantitativos, principalmente mediante un reduccionismo analítico de las totalidades aparentes a sus partes componentes. Estas partes componentes fueron concebidas como la verdadera realidad, mientras que el diseño del ser total se consideró secundario y adventicio. Pero a pesar de que este universo cuantitativo percibido como la realidad integral de las cosas era más bien una abstracción, lo cierto es que logró suscitar una experiencia del universo de un impacto tal que alteró la conciencia humana en una escala asociada con las experiencias revelatorias del pasado mediante las cuales se habían establecido las primeras codificaciones culturales.

Aunque parezca extraño, el proyecto científico no ha sido capaz de comprender el significado de sus propios logros. Como consecuencia, la codificación cultural no pudo establecerse de manera integral; la educación siguió dependiendo de sus estructuras anteriores para de ahí derivar su sentido humano.

Mientras tanto, se dio una perturbación espantosa en los mundos humano y natural, y ello no solamente a escala histórica humana, sino también a escala geológica y biológica. Conforme se ha agravado esta situación, se ha sentido la necesidad de otra mutación cultural hacia un contexto ecológico para las actividades humanas. Este período de codificación cultural exige una reintegración del proceso humano con el proceso terrestre en todas sus formas vivientes. Después de generaciones de preocupación analítica por desmembrar el universo, las ciencias comienzan una nueva fase de síntesis. Comenzamos a apreciar la majestuosidad integral del mundo natural, la necesidad que tiene toda forma de vida para todas las demás formas y el involucramiento de lo humano en el proceso total. Al dotar de inteligibilidad la emergencia de la era ecológica y la energía requerida para su realización, la ciencia nos provee los fundamentos de una visión metarreligiosa.

Hoy en día, surge una multitud de movimientos contraculturales que penetran todas las áreas de actividad de la sociedad norteamericana. Estos movimientos suelen darse fuera de los establecimientos formales, fuera de las instituciones de adiestramiento profesional, en un nivel de profundidad de la conciencia humana que pocas veces se alcanza con los procesos de adiestramiento formales. Son precisamente estos movimientos de tipo primordial los que ahora

transforman todas nuestras instituciones contemporáneas, nuestras profesiones y, de hecho, todas las actividades humanas. La interacción que ahora se da entre lo espontáneo y lo formalmente adiestrado con frecuencia se ve dominada por los modos de conciencia instintiva e intuitiva, libres de los dogmas establecidos en los mundos profesionales. Semejante transformación histórica de hecho sigue el camino acostumbrado mediante el cual las nuevas codificaciones se dan en los órdenes culturales y genéticos. Sin embargo, tan pronto como se sienta su influencia en esta escala, existe la necesidad de que lo espontáneo y lo intuitivo establezcan su propia reflexión crítica y su capacidad para desarrollar procesos formales, con el fin de evitar que sus logros se disipen o trivialicen.

En tales momentos de transformación cultural, el proceso educativo debe atravesar un período de avanzar a tientas hacia su nueva expresión formal. Dicho período ha sido especialmente difícil en épocas recientes debido a la magnitud del cambio cultural involucrado. La educación en este contexto es precisamente el tema que nos ocupa aquí. Sin embargo, antes de hacer una presentación detallada del programa educativo, deberíamos notar que la codificación cultural de la era ecológica ya se hace sentir en todas las áreas de la vida contemporánea; pero de manera confusa y a tientas, como ya lo hemos señalado.

Esta integración de lo humano con un mundo funcional orgánico, después de haber separado lo humano del mundo mecánico, puede considerarse como una de las transiciones históricas más difíciles de todos los tiempos. Experimentar la vida, así como desarrollar las destrezas de interacción creadora con los procesos terrestres — todo esto ha sido suprimido durante varias generaciones. La tierra está pavimentada, la producción está automatizada y el automóvil ha llegado a controlar los caminos. Es peligroso caminar. Se requieren nuevas formas de condicionamiento físico así como adaptación cultural y adiestramiento técnico antes de que la relación entre lo humano y la tierra pueda ser plenamente funcional.

Los programas educativos formales no pueden llenar todos estos requisitos. La educación debe ser una experiencia profunda de la vida. Igualmente, la educación debe transformarse con el fin de proveer el contexto integrador para el funcionamiento de la vida total. Sólo así podremos preservar la continuidad histórica necesaria para el desarrollo integral de la era ecológica. Especialmente en los niveles más altos de la educación formal, los procesos necesarios de reflexión sobre el sentido y los valores deben darse dentro de este contexto crítico.

EL PAPEL DE LA UNIVERSIDAD

Aquí podríamos pensar un poco sobre el papel de la universidad en este contexto expansivo del período ecológico. La educación es un proceso que infunde asombro, un proceso tan profundo y amplio como el universo mismo. La universidad debería ser un centro para crear las visiones más abarcadoras así como para transmitir las a los estudiantes. Sobre todo, los/las * estudiantes universitarios/as necesitan sentir que son co-partícipes de un proceso significativo, tanto histórica como personalmente. Ninguno de estos procesos puede existir el uno sin el otro. Los/las estudiantes deben sentir que están participando en uno de los proyectos más significativos que jamás se hayan dado en toda la historia del planeta.

La tarea se vuelve muy difícil debido al hecho de que nuestra codificación industrial actual está ampliamente desarrollada. Hemos logrado tanto conocimiento de la mecánica terrestre y tanto control sobre su funcionamiento que hemos perdido nuestra capacidad de comunión íntima con la tierra. La alienación del proyecto terrestre ha llevado a la confusión sobre el proyecto humano. La universidad no tiene ningún contexto social o cultural adecuado en el cual funcionar. Las universidades tradicionales siempre podían sentir que en alguna parte de sus raíces había un mundo pleno de sentido que podía proveer desde afuera lo que no estaba disponible desde adentro, es decir, a partir del proceso universitario mismo. Pero esta no ha sido una respuesta eficaz.

La solución más común en términos culturales ha sido reinstalar las formas antiguas de los estudios humanísticos en un currículum básico, lo cual incluye

* Algunos lectores y lectoras podrían no estar de acuerdo con la inclusión del artículo y del pronombre femeninos cuando se hace referencia a grupos humanos. Dirán, quizás, que se interrumpe la fluidez de la lectura o bien que el artículo y el pronombre masculinos bastan para designar a la especie humana. Berry no compartiría esta posición. Sumamente crítico de las injusticias del patriarcado, Berry es sensible a los supuestos culturales que oculta el lenguaje androcéntrico (y no sólo antropocéntrico). En la segunda versión de este artículo (1988), Berry consistentemente escribe "he or she", incluyendo deliberadamente los pronombres femeninos cuando hace referencia a grupos humanos. Incluso, Berry nunca se refiere al "hombre" ("man"), sino al "humano" y a lo humano ("the human"). Sólo de vez en cuando habla del ser humano ("the human being"). De esta manera hemos procurado ser fieles tanto al pensamiento como al estilo de redacción de Berry. - N. de la T.

filosofía, ética, historia, literatura, estudios religiosos y en algunos casos un poco de ciencias generales; todo ello en un contexto crítico en vez de un contexto de compromiso. Y sin embargo, de algún modo estos programas no parecen tener acogida. No ha emergido un canon cultural funcional capaz de hacer por nuestro mundo lo que las orientaciones culturales y religiosas hicieron por las sociedades de siglos anteriores. Semejante programa no activa las energías humanas que se necesitan para un modo de ser vital y humano. Hay una incapacidad para juntar el mundo secular científico con el mundo religioso creyente o con el mundo cultural humanista. Cada uno de estos encuentra eventualmente que debe seguir su propio camino. En consecuencia, los tres mundos se ven trivializados. No emerge ningún paradigma unificador. No se da la educación eficaz. No se establece ningún contexto más amplio en el cual la universidad pueda visualizarse a sí misma o su misión educativa.

LA NUEVA NARRACION DEL UNIVERSO

En estos momentos de crisis debemos retornar a las normas míticas que gobiernan el mundo de la realidad. El proyecto universitario en su totalidad puede verse como el proyecto que capacita al/a la estudiante para comprender la inmensa narración del universo y su papel en la creación de la siguiente fase de ésta. Descubrir el relato del universo ha sido el mayor privilegio y el significado básico del proyecto científico moderno. Si bien es cierto que nuestras dificultades han emergido en este período, también ha emergido la solución, al menos de manera esbozada. Nunca antes ha tenido la comunidad humana una comprensión tan profunda del origen y desarrollo del universo. A pesar de que dicho relato es científico, también es mítico en tanto que es una presentación coherente del universo con antecedentes que trascienden la inteligencia racional. Casi cualquier término utilizado por la ciencia conlleva más misterio que comprensión racional. Es así como prevalece un sentido de lo mítico en el corazón del proceso científico. De ahí, también, el papel del mito y del simbolismo en el descubrimiento científico.

A pesar de que aún no se comprende como tal, el relato científico del universo es el acontecimiento religioso, moral y espiritual más grande que jamás se haya dado en estos siglos. Se trata del mayor acontecimiento científico y humanístico. La misión sublime de la educación moderna es la de revelar la verdadera importancia de esta narración para el ámbito total de asuntos humanos y terrestres.

Por primera vez, los pueblos del mundo entero, en tanto que son educados en un contexto moderno, se educan dentro de esta narración sobre los orígenes. Ello provee el escenario en el cual a los niños y niñas de todas partes — ya sea en Africa o en China,

en la Unión Soviética o en Suramérica, en Norteamérica, Europa o en la India — se les presenta su mundo y su propia identidad personal a través del tiempo y el espacio. Pese a que también se necesitan las narraciones tradicionales sobre los orígenes en el proceso educativo, ninguna de ellas puede proveer el contexto circundante para la educación como lo haría la nueva narración, la cual es el aspecto mítico de nuestro relato moderno del mundo. Dicha narración nos dice cómo emergió el universo y cómo se transformó, especialmente en el planeta tierra, hasta su fase actual de desarrollo, la cual encuentra su realización en la inteligencia humana contemporánea.

Sin embargo, lo que se necesita es completar esta narración que ha sido dada por la investigación moderna en sus dimensiones físicas mediante una constatación de sus dimensiones numinosas y psíquicas. La partícula atómica primordial no sólo cuenta con la energía física articulada al interior de su estructura: también está radiante de inteligibilidad y llena de misterio insondable.

Pero a pesar de que esta narración es el contexto básico del proceso educativo en su totalidad, no puede ser apreciada por los estudiantes en los niveles de escuela primaria y secundaria de manera reflexiva e integral. Ello corresponde al fervor de los años universitarios. Es en la época universitaria cuando la narración puede comprenderse con sus implicaciones más profundas. Puede volverse funcional en cada fase de las respectivas actividades profesionales para las cuales los estudiantes se preparan. Esto constituye lo que podría llamarse tanto una filosofía como un programa para la educación universitaria.

EL CURRÍCULUM BASICO

A continuación podríamos señalar un conjunto de cursos básicos para el cumplimiento práctico de las sugerencias anteriores.

Un primer curso, quizás el más difícil, presentaría las cuatro fases evolutivas de esta cosmología funcional: la formación de los sistemas galácticos y la formación de los elementos a partir de los cuales se dieron todos los desarrollos posteriores; la formación de la tierra dentro del sistema solar; la emergencia de la vida en la tierra con toda su diversidad; el surgimiento de la conciencia y del desarrollo cultural humano.

Este curso — si se relaciona con las estrellas que vemos, el aire que respiramos, el agua que bebemos, el alimento que ingerimos, la tierra sobre la cual nos erguimos, la vida natural del ambiente, así como las ciudades que habitamos y las sociedades de las cuales formamos parte — podría evocar en el/la estudiante un profundo sentido de la presencia mutua de sí mismo/a y del universo. Pero de manera aún más poderosa, el/la estudiante que mira su propia mano y

que considera el período de catorce mil millones de años que se requirieron para producirla, podría sentir su importancia en el esquema de las cosas. Esto se podría resaltar aún más con la consideración de los grandes momentos, cuando el universo encontró su camino a través de los múltiples períodos de aparente «impasse» a los que se enfrentó.

Semejante momento ocurrió después de que comenzó la vida, cuando las formas de vida primitivas habían consumido las condiciones de su propia sobrevivencia y la vida se vio amenazada con la extinción; en aquel momento, de pronto se inventó la fotosíntesis, el proceso del cual dependió todo el desarrollo de la vida posterior. Se podrían señalar una larga serie de semejantes momentos de peligro para comunicarle al/a la estudiante las aventuras peligrosas por las que han pasado el universo y el planeta tierra al establecer un contexto para la emergencia de la vida y el surgimiento de la comunidad humana. Con este acontecimiento y de manera especial, el futuro del planeta tierra se volvió dependiente de los miembros humanos de la comunidad terrestre.

Dentro de este contexto, el/la estudiante podría comenzar a apreciar algo de nuestra responsabilidad humana por los destinos de todo el proceso terrestre, e incluso del proceso del universo. No se puede exagerar la urgencia de este tipo de curso comprensivo. Resalta su valor cuando consideramos que este contexto interpretativo, tanto para el universo como para la existencia humana, se vincula tan sólo de manera mínima a cualquier contexto cultural anterior. Dicho contexto está disponible para todos los pueblos del mundo. Hoy día, constituye la fuerza intelectual individual más poderosa, la cual capacita a más de 160 naciones en la tierra a comunicarse entre sí con algún sentido.

Este modo de experimentar la unidad de los destinos del universo con nuestro destino humano puede servir de base de entendimiento común tanto para la enseñanza tradicional religiosa-humanística como para la enseñanza científica- tecnológica. Mientras que en épocas anteriores los científicos eran inflexibles al insistir en los aspectos puramente azarosos y mecánicos del universo, esto no se aplica tanto al científico de hoy que reflexiona. Sucede otro tanto con la personalidad religiosa o humanista; mientras que ha sido frecuente que se dé una aversión o incapacidad para comprender la presentación científica del universo, actualmente existe una apreciación mayor del poder imaginativo, la intuición intelectual y la cualidad espiritual de la visión científica. La interacción fructífera entre la visión científica y la religiosa-humanista es nuestra mejor promesa para el futuro, así como la tarea más grande del educador, tanto a la hora de comprenderse uno/a mismo/a como para comunicar esta visión a las futuras generaciones de estudiantes.

Un segundo curso en el curriculum propuesto podría ser un curso sobre las diversas fases del desarrollo cultural humano: la fase paleolítica, la fase de los poblados neolíticos, el período de las grandes culturas religiosas, la fase científico- tecnológica y la fase ecológica que emerge ahora. Este curso capacitaría al/a la estudiante para visualizar un desarrollo humano comprensivo en sus fases históricas así como en su diferenciación cultural. Los/las estudiantes podrían ver la continuidad de su propio desarrollo personal en el desarrollo previo del universo, de la tierra, y de toda la historia humana. Se podría activar en el/la estudiante un sentimiento de identidad con el proyecto humano en su totalidad. Así, una persona podría apreciar más fácilmente el genio de la época en que se formaron los lenguajes de la comunidad humana, cuando se desarrollaron las artes, religiones y formas sociales del mundo, cuando se formaron las grandes culturas humanísticas del mundo y cuando se inventaron las tecnologías elementales. Igualmente, podría apreciar la manera en que emergieron las ciencias modernas en la región cultural europea y la necesidad de una nueva adaptación de los modos del ser y de la actividad humanos a la dinámica del mundo natural. Semejante visión panorámica capacitaría a los/las estudiantes para descubrir su identidad personal en el tiempo histórico y en el espacio cultural. Ayudaría a la generación universitaria a visualizar la misión histórica de nuestros tiempos. Esto le daría un sentido a la vida que de otra manera no estaría disponible.

Un tercer curso podría tratar sobre el período de las grandes culturas clásicas que han dominado el desarrollo humano durante varios miles de años y que le ha dado a la comunidad humana sus patrones más elaborados de la expresión lingüística, la formación religiosa y las disciplinas espirituales; el entendimiento crítico de las artes, ciencias y literatura; sus estructuras políticas y sociales; sus normas éticas y legales; sus destrezas artesanales avanzadas y sus recreaciones populares.

Si bien es cierto que hay una amplia diferenciación en los patrones culturales distribuidos por todo el planeta, también es cierto que en los mundos eurasiáticos, americanos y africanos se han dado ciertas expresiones básicas de lo humano que parecen ser logros definitivos. Aun cuando estas expresiones se verán en gran medida modificadas en el futuro, siempre estarán presentes en la estructura psíquica del ser humano, al menos en el futuro previsible. De estas culturas, el/la estudiante debe aprender el poderoso impacto de lo divino, la necesidad de una disciplina espiritual, la majestuosidad del arte, las grandes obras de literatura, música y teatro, todo lo cual se adecúa al modo de ser humano, así como la manera de lograr el bienestar económico mediante las destrezas tecnológicas.

A la vez que estas tradiciones sufren la alteración más profunda que han experimentado desde sus orígenes, aún dan cuenta de, y en el futuro inmediato seguirán proveyendo los principios básicos del orden civilizado que la comunidad humana conoce. Estas tradiciones aún constituyen las barreras más formidables al caos que posee la comunidad humana. El problema, desde luego, es que dichas tradiciones no pueden permanecer estáticas; deben entrar en una nueva fase de su propia historia. Ya no estará cada una aislada de las demás, puesto que las economías de los diversos pueblos no serán independientes unas de otras.

Una gran dificultad de estas civilizaciones clásicas, nacidas en el seno de una experiencia de la realidad predominantemente espacial, es entrar en una experiencia de la realidad predominantemente temporal-evolutiva. Cómo lograr esto y salir fortalecido/a en lugar de desintegrado/a es el reto para las sociedades en las que dichas civilizaciones han hallado su expresión más fina.

En diferentes lugares del mundo, se le podría dar un énfasis especial a la respectiva tradición humanista-religiosa de la cual los/las estudiantes son herederos/as. Puesto que nuestros/nuestras estudiantes viven dentro de las tradiciones humanistas de la sociedad occidental, hay que darle un cierto énfasis a esta tradición, con toda la riqueza de su desarrollo, tanto en sus aspectos espirituales como humanistas. Una comprensión seria de las tradiciones culturales occidentales se vuelve especialmente importante cuando consideramos el grado de influencia que éstas han ejercido en el mundo entero con respecto a la vida, el pensamiento y los valores. Lo trágico es que el aspecto oscuro y destructivo de la civilización patriarcal occidental se ha vuelto virulento justo en el momento en que la influencia de Occidente penetra en toda la comunidad humana. La capacidad tecnológica de Occidente para expoliar la tierra se ha vuelto tan abrumadora que todos los sistemas de vida básicos del planeta comienzan a apagarse.

Un cuarto curso que se podría proponer es el estudio de la fase científico-tecnológica del desarrollo humano, la cual culmina en el despertar de la conciencia humana a la misma secuencia temporal en la narración del universo, de la tierra, de la vida y de la comunidad humana. Este curso podría tratar especialmente sobre el poder que se halla bajo el control humano mediante los inventos tecnológicos de siglos recientes. Las consecuencias de este nuevo poder, sus aspectos beneficiosos y dañinos, podrían considerarse junto con los cambios sociales, económicos, políticos y culturales que hemos presenciado en los últimos dos siglos.

Este período ha durado tan sólo unos cuantos cientos de años. Sin embargo, en contraste con los

varios miles de años de las civilizaciones clásicas, estos pocos siglos de ciencia y tecnología merecen consideración más como una era geológica que como un período histórico; la topografía del planeta, su química, su funcionamiento biológico, han sido profundamente alterados. Esta es la época del dominio de lo humano sobre lo natural; es también el período en que la presencia numinosa que permea el universo se vio disminuida en la conciencia humana a favor de una preocupación predominante por la razón humana, el poder humano y el sentido de la máquina como la metáfora para la comprensión de la realidad.

Sin embargo, se trata también del período en que se desarrolló una conciencia social profunda. El globo terráqueo se vio afectado por ajustes políticos, sociales, económicos y religiosos que lo han sacudido con una severidad única. Ha sido el período de avances médicos, del aumento en la población humana y de la liberación de muchos males físicos y sociales de épocas anteriores.

Un quinto curso podría tratar sobre la era ecológica emergente, la era de la intercomunidad creciente entre los sistemas vivientes y no vivientes del planeta, e incluso del universo entero. Un estudio de esta era debería preocuparse por establecer lo humano dentro de su contexto natural. Sobre todo, debe tratar sobre el funcionamiento integral de la biosfera, la curación del daño ya hecho a la dinámica terrestre, el fomento de un orden económico renovable mediante la integración de lo humano en ciclos siempre renovables del mundo natural mantenidos por la energía solar.

Este curso también podría versar sobre la renovación de todos los papeles humanos y todas las instituciones humanas dentro de este nuevo contexto, después de la osadía aventurera del período anterior, el cual fue dominado por los procesos mecanicistas y explotadores de la ciencia, la tecnología, la industria, la manufactura y el comercio.

El derecho en este nuevo contexto ecológico podría funcionar con un mayor sentido de los derechos que son inherentes a las realidades naturales, esto es, los derechos de los seres vivientes de existir y no ser abusados o usados desenfrenadamente o exterminados, ya sea directa o indirectamente, por procesos humanos explotadores. La consideración de los seres naturales simplemente como realidades físicas o materiales podría reconocerse como una percepción inadecuada o falsa, e incluso como una percepción criminal si constituyera la base para la acción.

La medicina en este contexto podría visualizar la tierra como el sanador primario. También vislumbra la integración con el funcionamiento de la tierra como la base primaria de la salud del ser humano. El papel del médico sería el de ayudar a interpretar la relación tierra-humanos y a orientar a la comunidad humana en su intercomunidad con la tierra, con su aire, agua y luz

solar, con su alimento, así como con la oportunidad que ofrece para la expresión de las capacidades físicas humanas.

La religión podría percibir el mundo natural como la revelación primaria de lo divino, como la escritura primaria, como el modo primario de la presencia numinosa. La religión cristiana podría cesar su antagonismo hacia la tierra y descubrir su cualidad sagrada.

El comercio podría reconocer que una crasa explotación del planeta —el envenenamiento de la tierra, el aire y el agua— no se puede justificar como modo aceptable de actividad comercial o industrial. En última instancia, es una actividad auto-destructiva tanto para el comercio como para la comunidad humana y constituye la máxima blasfemia en contra de una realidad sagrada. El sistema entero de contabilidad debe ser revisado para de alguna manera poner su contexto ficticio en relación con la realidad mediante la inclusión del costo para el ambiente, la naturaleza invaluable de los recursos no renovables y la necesidad de integrar toda la empresa industrial-comercial con el ciclo siempre renovador del mundo natural.

Estos son algunos de los temas que le dan urgencia a los cursos sobre la era ecológica. Principalmente, estos cursos deberían visualizar actividades que ya se están dando, o que están en preparación, con el fin de establecer centros de población humana en función de regiones bioculturales, esto es, regiones geográficas identificables en donde la vida económica y cultural del grupo social humano podría establecerse en relación con la estructura geológica, las formas de vida y las condiciones climáticas de un lugar dado.

LOS VALORES

Un sexto curso podría versar sobre el origen y la determinación de los valores. Este curso buscaría descubrir, a partir de nuestra experiencia del universo, exactamente qué podría fundamentar los valores. Semejante fundamento de los valores debería proveer en nuestros tiempos lo que en la época medieval se suplía mediante la doctrina del derecho natural. Ello se vuelve especialmente urgente en vista de que ya no aceptamos la doctrina anterior de la naturaleza fija de las cosas, que en épocas anteriores determinaba la bondad o maldad natural de las cosas o acciones. Obviamente, no podemos trasladar los valores del período medieval al período moderno. Necesitamos descubrir los valores que la realidad misma indica según la experimentamos.

En términos del proceso educativo que hemos venido discutiendo, encontraremos estos valores en los procesos auto-emergentes del universo, que no son más que los procesos auto-gobernantes del uni-

verso así como sus manifestaciones de valor. El universo emerge como un proceso de diferenciación. Sin la diferenciación no hay universo, no hay realidad existente. Desde el principio, después de su breve período de irradiación casi amorfa, el universo se articuló en constelaciones de energía únicas, identificables e inteligibles, o patrones. La realidad no es una simple mancha infinitamente extendida y homogénea. Cada articulación es irrepetible e irremplazable en cualquier nivel, desde el subatómico hasta el galáctico, desde el núcleo de hierro del planeta hasta la flor, desde el águila en vuelo hasta las personas humanas que caminan sobre la tierra. Cada una de éstas es una expresión única de la presencia terrestre total. La cualidad única del individuo se vuelve presente de manera tan imponente que en cada nivel humano el individuo se convierte casi en especie. Esto, entonces, constituye el primer valor.

El segundo valor es la subjetividad. No solamente es la articulación de la realidad individual tan absoluta en referencia a la alteridad, sino que esta identidad conlleva una profundidad interior, una cualidad especial, un misterio que no sólo se expresa fenoménicamente, sino que además se realiza arquetípicamente. Esto capacita cada articulación de lo real para resonar con aquel misterio numinoso que permea el mundo entero. Esta cualidad de las cosas es universal, pero su activación en el orden humano provee la dinámica creadora del pensador, del poeta, del escritor, del científico, del agricultor, del artesano, del líder político, del comerciante, del educador y cualquier otro papel que cumplan los seres humanos en el funcionamiento del universo.

Una tercera base para el valor es la comunión, ya que cada realidad del universo está íntimamente presente en y ante todas las demás realidades del universo y encuentra su realización en esta presencia mutua. El proceso evolutivo entero depende de la comunión. Sin esta realización que cada ser encuentra en los seres fuera de sí, nada podría suceder jamás en el mundo entero. No habría elementos, ni moléculas, ni vida, ni conciencia.

Esta ley de comunión encuentra su expresión más elemental en la ley de la gravedad mediante la cual cada ser físico en el universo atrae y se ve atraído por todos los demás seres físicos en el universo. La gravitación en este nivel elemental encuentra una secuencia ascendente de realizaciones a través de la diversidad de formas de vida y sus modos de generación, hasta el afecto humano en sus formas más cautivadoras.

La universalidad e intensidad de esta comunión indican su inmenso valor. Pero aún más evidente es el hecho de que la sobrevivencia humana depende tan inmediata y absolutamente de esta capacidad para las relaciones humanas íntimas, capacidad que requie-

re un alto nivel de desarrollo humano para su realización humana apropiada. De ahí la necesidad de una disciplina y desarrollo interiores extensivos, si se ha de realizar este valor de manera humanamente satisfactoria.

Una de las dificultades que experimenta el ser humano, una de las causas de nuestro desorden planetario, humano y educativo es que no hemos desarrollado adecuadamente esta capacidad para la comunión. Hemos delinquido a la hora de cumplir esta ley de comunión en relación con el mundo natural, falla que este programa propuesto de estudios universitarios intentaría remediar.

Se podrían decir muchas cosas más. Terminaré, sin embargo, con la perspectiva de que la primera universidad en anunciar que su programa entero está basado en la dinámica de la tierra como la comunidad auto-emergente, auto-sostenible, auto-educadora, auto-gobernante, auto-curativa y auto-realizable de todos los seres vivos y no vivos del planeta deberá tener un futuro extraordinario.

La educación profesional debe basarse en la conciencia de que la tierra misma es el sanador primario, el legislador primario, la revelación primaria de lo divino, el científico primario, el tecnólogo primario, la empresa comercial primaria, el artista primario, el educador primario y el agente primario en cualquier otra actividad que encontramos en los asuntos humanos.

La educación general asimismo debería explicarse con base en los cursos que se han sugerido aquí. Estos podrían proveer el contexto cultural e histórico que los/las estudiantes necesitan para proveerse ellos/as mismos/as una identidad funcional.

La educación para los negocios también debería basarse en esta apreciación de la dinámica del planeta. La gran necesidad del mundo comercial-industrial-financiero es la de escapar de los procesos inflacionarios que le han impuesto al planeta, mediante la explotación desenfadada, tanto de los recursos renovables y no renovables como de las presiones excesivas para forzar a la tierra a producir recursos renovables más allá de lo que ésta puede razonable y sustentablemente dar a luz. Los negocios tienen una gran misión que cumplir en el establecimiento de una economía viable para la comunidad humana mediante la integración de la economía humana con los ciclos renovables de la economía terrestre.

Las humanidades, como suele llamárseles, pueden experimentar una gran renovación dentro de este contexto. Podrían eliminarse las antipatías profundamente sentidas entre las ciencias y las humanidades. El asombroso descubrimiento nuevo de la ciencia sobre la narración del universo podría reconocerse como un supremo logro humanista y como la base para la expansión posterior de todas las culturas humanísticas tradicionales.

Mediante este programa de cursos, el proceso educativo mismo tendría un contexto de significado cultural, histórico y cosmológico que podría ser aceptado en gran escala por personas con raíces étnicas y culturales diferentes. Dentro de este contexto, la universidad podría comprender con alguna profundidad su papel en la creación de un futuro digno de aquella comunidad mayor de seres del universo, del cual emergió el componente humano y en el cual la comunidad humana encuentra su justa realización.